



RAMIRO TAPIA, en "Galerías Artes"

Por primera vez en La Coruña expone en "Galerías Artes" un pintor —joven en edad, pero maduro en pensamiento, en técnica expresiva y en estilística— que se llama Ramiro Tapia. Su obra, diversa en temática y hasta en estructuras y ejecución, obedece a un denominador común que se desdobra a su vez: de una parte, el lujo formal expresado en una visión cromática cambiante, finísima y exacta; de otra, una posición lírica, profundamente íntima y densa ante las cosas y lo que éstas dicen.

Pintura lujosa en calidad colorística, hasta penetrar en el terreno de un tapiz oriental desplegado en pájaros —diana, charleston, azul (precioso de plumaje) blanco (admirable en su estructura, en su volumetría a punto de deshacerse en vuelo); pájaros y cuarzos, piedras: cristalizaciones que ofrecen al pintor la ocasión de contraponer la arista dura y el volumen fijado para siempre al rebullir vivo de plumaje, al vuelo incierto: contraste sentido por el pintor y transmitido después a sus gatos acurrucados en orgía de color, a sus paisajes con cielos en torbellino y a esas "Nubes de presagio" que dan tema y título a un admirable mundo.

Personalmente, aun admirando en su valor cromático y decorativo los pájaros de Tapia, o el "Toro rupestre", un guache de estupenda simplicidad lineal, en el que el fondo casi monocromo se hace pura nostalgia, me inclino al mundo paisajístico que, a mi modo de ver, contiene lo más acabado de la exposición.

De los paisajes, que son varios, me parece lícito reunir en parejas algunos especialmente significativos, coincidentes —o incluso contrapuestos— en composición y en armonía tonal: "Paisaje con amapolas", resuelto vigorosamente en grises, púrpuras y verdes, y "Paisaje de Avila", austera-mente visto en tonalidades parduzcas y grises muy sugestivas. "Nubes de presagio", ya citado, y "Paisaje de Salamanca", en los que al cielo turbinoso responde, en el primero, una tierra opaca y en el segundo una planificación

atrevidamente confiada a trazos muy concretos de rocas, árboles y prados y a una viva combinación de verdes, grises y amarillos.

Solitario, en cambio, aparece "Puerto industrial", una rápida impresión en la que hay enorme vigor de mancha y fluidez compositiva. Y a propósito de lo que para el final dos verdaderas obras maestras, los "Paisajes de Almería" 1 y 2, que constituyen un grupo con evidentes vínculos internos de parentesco, pero con soluciones dispares no sólo en la forma usada, sino en la postura espiritual del pintor. El violento contraste de azules y rojos con ocres en "Almería 1" en el que el espacio parece transmitirse imperceptiblemente a través de una sucesión de planos ascendentes en los que aire y luz se hacen sólidos, se materializan y llevan al ojo del espectador, insensiblemente, al triunfo del cielo intenso azul, en el que se ahogan los últimos reflejos rojos de la tierra: estupenda solución de perspectiva aérea y ascendente confiada sobre todo al color, que es casi único protagonista del cuadro. Y junto a él, "Almería 2", en el que planos más definidos y concretos juegan con ocres, violas y grises hasta un cielo manchado, entre amenazador y sentimental, que aplasta y protege al mismo tiempo al paisaje.

Un grupo de acuarelas muy rápidas y eficaces —con un tema común: "Brujos"— nos lleva a otro mundo figurativo, también interesante, en el que Tapia juega a armonizar tonalidades y a evocar una serie fantasmal muy sugestiva, de efecto más inmediato.

F. J. ALCANTARA